PERSONAJES

Escala, príncipe de Verona.
Paris, pariente del Príncipe.
Montesco.
Capuleto.
Un viejo de la familia Capuleto.
Romeo, hijo de Montesco.
Mercutio, amigo de Romeo.
Benvolio, sobrino de Montesco.
Teobaldo, sobrino de Capuleto.
Fr. Lorenzo, Fr. Juan, de la Orden de San Francisco.
Baltasar, criado de Romeo.
Sanson, Gregorio, criados de Capuleto.
Pedro, criado del ama de Julieta.
Abraham, criado de Montesco.
Un boticario.
Tres músicos.
Dos pajes de Paris.
Un Oficial.
La señora de Montesco.
La señora de Capuleto.
Julieta, hija de Capuleto.
El ama de Julieta.

Ciudadanos de Verona, Alguaciles, Guardias, Enmascarados, etc., Coro

La escena pasa en Verona y en Mantua

PROLOGO

Coro.—En la hermosa Verona, donde acaecieron estos amores, dos familias rivales igualmente nobles habían derramado, por sus odios mutuos, mucha inculpada sangre. Sus inocentes hijos pagaron la pena de estos rencores, que trajeron su muerte y el fin de su triste amor. Sólo dos horas va a durar en la escena este odio secular de razas. Atended al triste enredo, y supliréis con vuestra atención lo que falte a la tragedia.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Una plaza de Verona

(Sanson y Gregorio *con espadas y broqueles)*

Sanson.—A fe mía, Gregorio, que no hay por qué bajar la cabeza.
Gregorio.—Eso sería convertirnos en bestias de carga.
Sanson.—Quería decirte que, si nos hostigan, debemos responder.
Gregorio.—Sí: soltar la albarda.
Sanson.—Yo, si me pican, fácilmente salto.
Gregorio.—Pero no es fácil picarte para que saltes.
Sanson.—Basta cualquier gozquejo de casa de los Montescos para hacerme saltar.
Gregorio.—Quien salta, se va. El verdadero valor está en quedarse firme en su puesto. Eso que llamas saltar es huir.
Sanson.—Los perros de esa casa me hacen saltar primero y me paran después. Cuando topo de manos a boca con hembra o varón de casa de los Montescos, pongo pies en pared.
Gregorio.—¡Necedad insigne! Si pones pies en pared, te caerás de espaldas.
Sanson.—Cierto, y es condición propia de los débiles. Los Montescos al medio de la calle, y sus mozas a la acera.
Gregorio.—Esa discordia es de nuestros amos. Los criados no tenemos que intervenir en ella.
Sanson.—Lo mismo da. Seré un tirano. Acabaré primero con los hombres y luego con las mujeres.
Gregorio.—¿Qué quieres decir?
Sanson.—Lo que tú quieras. Sabes que no soy rana.
Gregorio.—No eres ni pescado ni carne. Saca tu espada, que aquí vienen dos criados de casa Montesco.
Sanson.—Ya está fuera la espada: entra tú en lid, y yo te defenderé.
Gregorio.—¿Por qué huyes, volviendo las espaldas?
Sanson.—Por no asustarte.
Gregorio.—¿Tú asustarme a mí?
Sanson.—Procedamos legalmente. Déjalos empezar a ellos.
Gregorio.—Les haré una mueca al pasar, y veremos cómo lo toman.
Sanson.—Veremos si se atreven. Yo me chuparé el dedo, y buena vergüenza será la suya si lo toleran. *(Abraham y Baltasar.)*
Abraham.—Hidalgo, ¿os estáis chupando el dedo porque nosotros pasamos?
Sanson.—Hidalgo, es verdad que me chupo el dedo.
Abraham.—Hidalgo, ¿os chupáis el dedo porque nosotros pasamos?
Sanson *(a Gregorio)*.—¿Estamos dentro de la ley, diciendo que sí?
Gregorio *(A Sansón.)*—No por cierto.
Sanson.—Hidalgo, no me chupaba el dedo porque vosotros pasabais, pero la verdad es que me lo chupo.
Gregorio.—¿Queréis armar cuestión, hidalgo?

ABRAHAM.—Ni por pienso, señor mío.

SANSON.—Si queréis armarla, aquí estoy a vuestras órdenes. Mi amo es tan bueno como el vuestro.

ABRAHAM.—Pero mejor, imposible.

SANSON.—Está bien, hidalgo.

GREGORIO (*A Sansón.*)—Dile que el nuestro es mejor, porque aquí se acerca un pariente de mi amo.

SANSON.—Es mejor el nuestro, hidalgo.

ABRAHAM.—Mentira.

SANSON.—Si sois hombre, sacad vuestro acero. Gregorio: acuérdate de tu sabia estocada. *(Pelean.) (Llegan Benvolio y Teobaldo.)*

BENVOLIO.—Envainad, majaderos. Estáis peleando, sin saber por qué.

TEOBALDO.—¿Por qué desnudáis los aceros? Benvolio, ¿quieres ver tu muerte?

BENVOLIO.—Los estoy poniendo en paz. Envaina tú, y no busques quimeras.

TEOBALDO.—¡Hablarme de paz, cuando tengo el acero en la mano! Más odiosa me es tal palabra que el infierno mismo, más que Montesco, más que tú. Ven, cobarde. *(Reúnese gente de uno y otro bando. Trábase la riña.)*

CIUDADANOS.—Venid con palos, con picas, con hachas. ¡Mueran Capuletos y Montescos! *(Entran Capuleto y la señora de Capuleto.)*

CAPULETO.—¿Qué voces son ésas? Dadme mi espada.

SEÑORA.—¿Qué espada? Lo que te conviene es una muleta.

CAPULETO.—Mi espada, mi espada, que Montesco viene blandiendo contra mí la suya tan vieja como la mía. *(Entran Montesco y su mujer.)*

MONTESCO.—¡Capuleto infame, déjame pasar, aparta!

SEÑORA.—No te dejaré dar un paso más. *(Entra el príncipe con su séquito.)*

PRÍNCIPE.—¡Rebeldes, enemigos de la paz, derramadores de sangre humana! ¿No queréis oír? Humanas fieras que apagáis en la fuente sangrienta de vuestras venas el ardor de vuestras iras, arrojad en seguida a tierra las armas fratricidas, y escuchad mi sentencia. Tres veces, por vanas quimeras y fútiles motivos, habéis ensangrentado las calles de Verona, haciendo a sus habitantes, aun los más graves e ilustres, empuñar las enmohecidas alabardas, y cargar con el hierro sus manos envejecidas por la paz. Si volvéis a turbar el sosiego de nuestra ciudad, me responderéis con vuestras cabezas. Basta por ahora; retiraos todos. Tú, Capuleto, vendrás conmigo. Tú, Montesco, irás a buscarme dentro de poco a la Audiencia, donde te hablaré más largamente. Pena de muerte a quien permanezca aquí. *(Vase.)*

MONTESCO.—¿Quién ha vuelto a comenzar la antigua discordia? ¿Estabas tú cuando principió, sobrino mío?

BENVOLIO.—Los criados de tu enemigo estaban ya lidiando con los nuestros cuando llegué, y fueron inútiles mis esfuerzos para separarlos. Teobaldo se arrojó sobre mí, blandiendo el hierro que azotaba el aire despreciador de sus furores. Al ruido de las estocadas acorre gente de una parte y otra, hasta que el Príncipe separó a unos y otros.

SEÑORA DE MONTESCO.—¿Y has visto a Romeo? ¡Cuánto me alegro de que no se hallara presente!

BENVOLIO.—Sólo faltaba una hora para que el sol amaneciese por las doradas puertas del Oriente, cuando salí a pasear, solo con mis cuidados, al bosque de sicomoros que crece al poniente de la ciudad. Allí estaba tu hijo. Apenas le vi me dirigí a él, pero se internó en lo más profundo del bosque. Y como yo sé que en ciertos casos la compañía estorba, seguí mi camino y mis cavilaciones, huyendo de él con tanto gusto como él de mí.

SEÑORA DE MONTESCO.—Dicen que va allí con frecuencia a juntar su llanto con el rocío de la mañana y contar a las nubes sus querellas, y apenas el sol, alegría del mundo, descorre los sombríos pabellones del tálamo de la aurora, huye Romeo de la luz y torna a casa, se encierra sombrío en su cámara, y para esquivar la luz del día, crea artificialmente una noche. Mucho me apena su estado, y sería un dolor que su razón no llegase a dominar sus caprichos.

BENVOLIO.—¿Sospecháis la causa, tío?

MONTESCO.—No la sé ni puedo indagarla.

BENVOLIO.—¿No has podido arrancarle ninguna explicación?

MONTESCO.—Ni yo, ni nadie. No sé si pienso bien o mal, pero él es el único consejero de sí mismo. Guarda con avaricia su secreto y se consume en él, como el germen herido por el gusano antes de desarrollarse y encantar al sol con su hermosura. Cuando yo sepa la causa de su mal, procuraré poner remedio.

BENVOLIO.—Aquí está. O me engaña el cariño que le tengo, o voy a saber pronto la causa de su mal.

MONTESCO.—¡Oh, si pudieses con habilidad descubrir el secreto! Ven, esposa. *(Entra Romeo.)*

BENVOLIO.—Muy madrugador estás.

ROMEO.—¿Tan joven está el día?

BENVOLIO.—Aún no han dado las nueve.

ROMEO.—¡Tristes horas, cuán lentamente caminái! ¿No era mi padre quien salía ahora de aquí?

BENVOLIO.—Sí por cierto. Pero ¿qué dolores son los que alargan tanto las horas de Romeo?

ROMEO.—El carecer de lo que las haría cortas.

BENVOLIO.—¿Cuestión de amores?

ROMEO.—Desvíos.

BENVOLIO.—¿De amores?

ROMEO.—Mi alma padece el implacable rigor de sus desdenes.

BENVOLIO.—¿Por qué el amor que nace de tan débiles principios, impera luego con tanta tiranía?

ROMEO.—¿Por qué, si pintan ciego al amor, sabe elegir tan extrañas sendas a su albedrío? ¿Dónde vamos a comer hoy? ¡Válgame Dios! Cuéntame lo que ha pasado. Pero no, ya lo sé. Hemos encontrado el amor junto al odio; amor discorde, odio amante; rara confusión de la naturaleza, caos sin forma, materia grave a la vez que ligera, fuerte y débil, humo y plomo, fuego helado, salud que fallece, sueño que vela, esencia incógnita. No puedo acostumbrarme a tal amor. ¿Te ríes? ¡Vive Dios!...

BENVOLIO.—No, primo. No me río, antes lloro.

ROMEO.—¿De qué, alma generosa?

BENVOLIO.—De tu desesperación.

ROMEO.—Es prenda del amor. Se agrava el peso de mis penas, sabiendo que tú también las sientes. Amor es fuego aventado por el aura de un suspiro; fuego que arde y centellea en los ojos del amante. O más bien es torrente desbordado que las lágrimas acrecen. ¿Qué más podré decir de él? Diré que es locura sabia, hiel que emponzoña, dulzura embriagadora. Quédate adiós, primo.

BENVOLIO.—Quiero ir contigo. Me enojaré si me dejas así, y no te enojes.

ROMEO.—Calla, que el verdadero Romeo debe andar en otra parte.

BENVOLIO.—Dime el nombre de tu amada.

ROMEO.—¿Quieres oír gemidos?

BENVOLIO.—¡Gemidos! ¡Donosa idea! Dime formalmente quién es.

ROMEO.—¿Dime formalmente?... ¡Oh, qué frase tan cruel! Decid que haga testamento al que está padeciendo horriblemente. Primo, estoy enamorado de una mujer.

BENVOLIO.—Hasta ahí ya lo comprendo.

ROMEO.—Has acertado. Estoy enamorado de una mujer hermosa.

BENVOLIO.—¿Y será fácil dar en ese blanco tan hermoso?

ROMEO.—Vanos serían mis tiros, porque ella, tan casta como Diana la cazadora, burlará todas las pueriles flechas del rapaz alado. Su recato la sirve de armadura. Huye de las palabras de amor, evita el encuentro de otros ojos, no la rinde el oro. Es rica, porque es hermosa. Pobre, porque cuando muera, sólo quedarán despojos de su perfección soberana.

BENVOLIO.—¿Está ligada a Dios por algún voto de castidad?

ROMEO.—No es ahorro el suyo, es desperdicio, porque esconde avaramente su belleza, y priva de ella al mundo. Es tan discreta y tan hermosa, que no debiera complacerse en mi tormento, pero aborrece el amor, y ese voto es la causa de mi muerte.

BENVOLIO.—Déjate de pensar en ella.

ROMEO.—Enséñame a dejar de pensar.

BENVOLIO.—Haste libre. Fíjate en otras.

ROMEO.—Así brillará más y más su hermosura. Con el negro antifaz resalta más la blancura de la tez. Nunca olvida el don de la vista quien una vez la perdió. La belleza de una dama medianamente bella sólo sería un libro donde leer que era mayor la perfección de mi adorada. ! Adiós ¡ No sabes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO.—Me comprometo a destruir tu opinión.

ESCENA II

Calle

(CAPULETO, PARIS *y un* CRIADO)

CAPULETO.—La misma orden que a mí obliga a Montesco, y a nuestra edad no debía ser difícil vivir en paz.

PARIS.—Los dos sois iguales en nobleza, y no debierais estar discordes. ¿Qué respondéis a mi petición?

CAPULETO.—Ya he respondido. Mi hija acaba de llegar al mundo. Aún no tiene más que catorce años, y no estará madura para el matrimonio, hasta que pasen lo menos dos veranos.

PARIS.—Otras hay más jóvenes y que son ya madres.

CAPULETO.—Los árboles demasiado tempranos no prosperan. Yo he confiado mis esperanzas a la tierra y ellas florecerán. De todas suertes, Paris, consulta tú su voluntad. Si ella consiente, yo consentiré también. No pienso oponerme a que elija con toda libertad entre los de su clase. Esa noche, según costumbre inmemorial, recibo en casa a mis amigos, uno de ellos vos. Deseo que piséis esta noche el modesto umbral de mi casa, donde veréis brillar humanas estrellas. Vos, como joven lozano, que no holláis como yo las pisadas del invierno frío, disfrutaréis de todo. Allí oiréis un coro de hermosas doncellas. Oídlas, vedlas, y elegid entre todas la más perfecta. Quizá después de maduro examen, os parecerá mi hija una de tantas. Tú *(al criado)* vete recorriendo las calles de Verona, y a todos aquellos cuyos nombres verás escritos en este papel, invítalos para esta noche en mi casa. *(Vanse Capuleto y Paris.)*

CRIADO.—¡Pues es fácil encontrarlos a todos! El zapatero está condenado a usar la vara, el sastre la horma, el pintor el pincel, el pescador las redes, y yo a buscar a todos aquellos cuyos nombres están escritos aquí, sin saber qué nombres son los que aquí están escritos. Denme su favor los sabios. Vamos.

(BENVOLIO *y* ROMEO)

BENVOLIO.—No digas eso. Un fuego apaga otro, un dolor mata otro dolor, a una pena antigua otra nueva. Un nuevo amor puede curarte del antiguo.

ROMEO.—Curarán las hojas del plátano.

BENVOLIO.—¿Y qué curarán?

ROMEO.—Las desolladuras.

BENVOLIO.—¿Estás loco?

ROMEO.—¡Loco! Estoy atado de pies y manos como los locos, encerrado en cárcel asperísima, hambriento, azotado y atormentado. *(Al criado.)* Buenos días, hombre.

CRIADO.—Buenos días. ¿Sabéis leer, hidalgo?

ROMEO.—Ciertamente que sí.

CRIADO.—¡Raro alarde! ¿Sabéis leer sin haberlo aprendido? ¿Sabréis leer lo que ahí dice?

ROMEO.—Si el concepto es claro y la letra también.

CRIADO.—¿De verdad? Dios os guarde.

ROMEO.—Espera, que probaré a leerlo. "El señor Martín, y su mujer e hijas, el conde Anselmo y sus hermanas, la viuda de Viturbio, el señor Plasencio y sus sobrinas, Mercutio y su hermano Valentín, mi tio Capuleto con su mujer e hijas, Rosalía mi sobrina, Livia, Valencio y su primo Teobaldo, Lucía y la hermosa Elena." ¡Lucida reunión! ¿Y dónde es la fiesta?

CRIADO.—Allí.

ROMEO.—¿Dónde?

CRIADO.—En mi casa, a cenar.

ROMEO.—¿En qué casa?

CRIADO.—En la de mi amo.

ROMEO.—Lo primero que debí preguntarte es su nombre.

CRIADO.—Os lo diré sin ambages. Se llama Capuleto y es generoso y rico. Si no sois Montesco, podéis ir a beber a la fiesta. Id, os lo ruego. *(Vase.)*

BENVOLIO.—Rosalía a quien adoras, asistirá a esta fiesta con todas las bellezas de Verona. Allí podrás verla y compararla con otra que yo te enseñaré, y el cisne te parecerá grajo.

ROMEO.—No permite tan indigna traición la santidad de mi amor. Ardan mis verdaderas lágrimas, ardan mis ojos (que antes se ahogaban) si tal herejía cometen. ¿Puede haber otra más hermosa que ella? No la ha visto desde la creación del mundo, el sol que lo ve todo.

BENVOLIO.—Tus ojos no ven más que lo que les halaga. Vas a pesar ahora en tu balanza a una mujer más bella que ésa, y verás cómo tu señora pierde de los quilates de su peso, cotejada con ella.

ROMEO.—Iré, pero no quiero ver tal cosa, sino gozarme en la contemplación de mi cielo.

ESCENA III

En casa de Capuleto

(*La señora de* CAPULETO *y el* AMA)

SEÑORA.—Ama, ¿dónde está mi hija?

AMA.—Sea en mi ayuda mi probada paciencia de doce años. Ya la llamé. Cordero, Mariposa. Válgame Dios. ¿Dónde estará esta niña? Julieta...

JULIETA.—¿Quién me llama?

AMA.—Tu madre.

JULIETA.—Señora, aquí estoy. Dime qué sucede.

SEÑORA.—Sucede que... Ama, déjanos a solas un rato... Pero no,

quédate. Deseo que oigas nuestra conversación. Mi hija está en una edad decisiva.

AMA.—Ya lo creo. No me acuerdo qué edad tiene exactamente.

SEÑORA.—Todavía no ha cumplido los catorce.

AMA. — Apostaría catorce dientes (¡ay de mí, no tengo más que cuatro!) a que no son catorce. ¿Cuándo llega el día de los Ángeles?

SEÑORA.—Dentro de dos semanas.

AMA.—Sean pares o nones, ese día, en anocheciendo, cumple Julieta años. ¡Válgame Dios! La misma edad tendrían ella y mi Susana. Bien, Susana ya está con Dios, no merecía yo tanta dicha. Pues como iba diciendo, cumplirá catorce años la tarde de los Ángeles. ¡Vaya si los cumplirá! Me acuerdo bien. Hace once años, cuando el terremoto, la quitamos el pecho. Jamás confundo aquel día con ningún otro del año. Debajo del palomar, sentada al sol, unté mi pecho con acíbar. Vos y mi amo estabais en Mantua. ¡Me acuerdo tan bien! Pues como digo, la tonta de ella, apenas probó el pecho y lo halló tan amargo, ¡qué furiosa se puso contra mí! ¡Temblaba el palomar! Once años van de esto. Ya se tenía en pie, ya corría... tropezando a veces. Por cierto que el día antes se había hecho un chichón en la frente, y mi marido (¡Dios le tenga en gloria!) con qué gracia levantó a la niña, y le dijo: "Vaya, ¿te has caído de frente? No caerás así cuando te entre el juicio. ¿Verdad, Julieta?" Sí, respondió la inocente limpiándose las lágrimas. El tiempo hace verdades las burlas. Mil años que viviera, me acordaría de esto. "¿No es verdad, Julieta?" y ella lloraba y decía que sí.

SEÑORA.—Basta ya. Cállate, por favor te lo pido.

AMA.—Me callaré, señora; pero no puedo menos de reírme, acordándome que dijo *sí*, y creo que tenía en la frente un chichón tamaño como un huevo, y lloraba que no había consuelo para ella.

JULIETA.—Cállate ya; te lo suplico.

AMA.—Bueno, me callaré. Dios te favorezca, porque eres la niña más hermosa que he criado nunca. ¡Qué grande sería mi placer en verla casada!

JULIETA.—Aún no he pensado en tanta honra.

AMA.—¡Honra! Pues si no fuera por haberte criado yo a mis pechos, te diría que habías mamado leche de discreción y sabiduría.

SEÑORA.—Ya puedes pensar en casarte. Hay en Verona madres de familia menores que tú, y yo misma lo era cuando apenas tenía tu edad. En dos palabras, aspira a tu mano el gallardo Paris.

AMA.—¡Niña mía! ¡Vaya un pretendiente! Si parece de cera.

SEÑORA.—No tiene flor más linda la primavera de Verona.

AMA.—¡Eso una flor! Sí que es flor, ciertamente.

SEÑORA.—Quiero saber si le amarás. Esta noche ha de venir. Verás escrito en su cara todo el amor que te profesa. Fíjate en su rostro y en la armonía de sus facciones. Sus ojos servirán de comentario a lo que haya de confuso en el libro de su persona. Este libro de amor, desencuadernado todavía, merece una espléndida cubierta. La mar se ha hecho para el pez. Toda belleza gana en contener otra belleza. Los áureos broches del libro esmaltan la áurea narración. Todo lo que él tenga, será tuyo. Nada perderás en ser su mujer.

AMA.—¿Nada? Disparate será el pensarlo.

SEÑORA.—Di si podrás llegar a amar a Paris.

JULIETA.—Lo pensaré, si es que el ver predispone a amar. Pero el dar-

do de mis ojos sólo tendrá la fuerza que le preste la obediencia. *(Entra un criado.)*

CRIADO.—Los huéspedes se acercan. La cena está pronta. Os llaman. La señorita hace falta. En la cocina están diciendo mil pestes del ama. Todo está dispuesto. Os suplico que vengais en seguida.

SEÑORA.—Vámomos tras ti, Julieta. El Conde nos espera.

AMA.—Niña, piensa bien lo que haces.

ESCENA IV

Calle

(ROMEO, MERCUTIO, BENVOLIO *y máscaras con teas encendidas)*

ROMEO.—¿Pronunciaremos el discurso que traíamos compuesto, o entraremos sin preliminares?

BENVOLIO.—Nada de rodeos. Para nada nos hace falta un Amorcillo de latón con venda por pañuelo, y con arco, espanta pájaros de doncellas. Para nada repetir con el apuntador, en voz medrosa, un prólogo inútil. Mídannos por el compás que quieran, y hagamos nosotros unas cuantas mudanzas de baile.

ROMEO.—Dadme una tea. No quiero bailar. El que está a oscuras necesita luz.

MERCUTIO.—Nada de eso, Romeo; tienes que bailar.

ROMEO.—No por cierto. Vosotros llevais zapatos de baile, y yo estoy como tres en un zapato, sin poder moverme.

MERCUTIO.—Pídele sus alas al Amor, y con ellas te levantarás de la tierra.

ROMEO.—Sus flechas me han herido de tal modo, que ni siquiera sus plumas bastan para levantarme. Me ha atado de tal suerte, que no puedo pasar la raya de mis dolores. La pesadumbre me ahoga.

MERCUTIO.—No has debido cargar con tanto peso al amor, que es muy delicado.

ROMEO.—¡Delicado el amor! Antes duro y fuerte y punzante como el cardo.

MERCUTIO.—Si es duro, sé tú duro con él. Si te hiere, hiérele tú, y verás cómo se da por vencido. Dadme un antifaz para cubrir mi rostro. ¡Una máscara sobre otra máscara!

BENVOLIO.—Llamad a la puerta, y cuando estemos dentro, cada uno baile como pueda.

ROMEO.—¡Una antorcha! Yo, imitando la frase de mi abuelo, seré quien lleve la luz en esta empresa, porque el gato escaldado huye del agua.

MERCUTIO.—De noche todos los gatos son pardos, como decía muy bien el Condestable. Nosotros te Si haces esto te salvaremos de tus miras. La luz se extingue.

ROMEO.—No por cierto.

MERCUTIO.—Mientras andamos en vanas palabras, se gastan las antorchas. Entiende tú bien lo que quiero decir.

ROMEO.—¿Tienes ganas de entrar en el baile? ¿Crees que eso tiene sentido?

MERCUTIO.—¿Y lo dudas?

ROMEO.—Tuve anoche un sueño.

MERCUTIO.—Y yo otro esta noche.

ROMEO.—¿Y a qué se reduce tu sueño?

MERCUTIO.—Comprendí la diferencia que hay del sueño a la realidad.

ROMEO.—En la cama fácilmente se sueña.

MERCUTIO.—Sin duda te ha visitado la reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña como el ágata que brilla en el anillo de un re-

gidor. Su carroza va arrastrada por caballos leves como átomos, y sus radios son patas de tarántula, las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna: huesos de grillo e hilo de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura librea, dos veces más pequeño que el insecto que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro discurre de noche y día por cabezas enamoradas, y les hace concebir vanos deseos, y anda por las cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados, y sueñan con procesos. Recorre los labios de las damas, y sueñan con besos. Anda por las narices de los pretendientes, y sueñan que han alcanzado un empleo. Azota con la punta de un rabo de puerco las orejas del cura, produciendo en ellas sabroso cosquilleo, indicio cierto de beneficio o canonjía cercana. Se adhiere al cuello del soldado, y le hace soñar que vence y triunfa de sus enemigos y los degüella con su truculento acero toledano, hasta que oyendo los sones del cercano atambor, se despierta sobresaltado, reza un padre nuestro, y vuelve a dormirse. La reina Mab es quien enreda de noche las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, e infecta el lecho de la cándida virgen, y despierta en ella por primera vez impuros pensamientos.

ROMEO.—Basta, Mercutio. No prosigas en esa charla impertinente.

MERCUTIO.—De sueños voy hablando, fantasmas de la imaginación dormida, que en su vuelo excede la ligereza de los aires, y es más mudable que el viento.

BENVOLIO.—Tú sí que estás arrojando vientos y humo por esa boca. Ya nos espera la cena, y no es cosa de llegar tarde.

ROMEO.—Demasiado temprano llegaréis. Témome que las estrellas están de mal talante, y que mi mala suerte va a empezarse en este banquete, hasta que llegue la negra muerte a cortar esta inútil existencia. Pero en fin, el piloto de mi nave sabrá guiarla. Adelante, amigos míos.

BENVOLIO.—A son de tambores.

ESCENA V

Sala en casa de Capuleto

(MÚSICOS y CRIADOS)

CRIADO 1º—¿Dónde anda Cacerola, que ni limpia un plato, ni nos ayuda en nada?

CRIADO 2º—¡Qué pena me da ver la cortesía en tan pocas manos, y éstas sucias!

CRIADO 1º—Fuera los bancos, fuera el aparador. No perdáis de vista la plata. Guardadme un pedazo del pastel. Decid al portero que deje entrar a Elena y a Susana la molinera. ¡Cacerola!

CRIADO 2º—Aquí estoy, compañero.

CRIADO 1º—Todos te llaman a comparecer en la sala.

CRIADO 2º—No puedo estar en dos partes al mismo tiempo. Compañeros, acabad pronto, y el que quede sano, que cargue con todo. *(Entran Capuleto, su mujer, Julieta, Teobaldo, y convidados con máscaras.)*

CAPULETO.—Celebro vuestra venida. Os invitan al baile los ligeros pies

de estas damas. A la danza, jóvenes. ¿Quién se resiste a tan imperiosa tentación? Ni siquiera la que por melindre dice que tiene callos. Bien venidos seais. En otro tiempo también yo gustaba de enmascararme, y decir al oído de las hermosas secretos que a veces no les desagradaban. Pero el tiempo llevó consigo tales flores. Celebro vuestra venida. Comience la música. ¡Que pasen delante las muchachas! *(Comienza el baile.)* ¡Luz, más luz! ¡Fuera las mesas! Nada de fuego, que harto calor hace. ¡Cómo te agrada el baile, picarillo! Una silla a mi primo, que nosotros no estamos para danzas. ¿Cuándo hemos dejado la máscara?

EL PRIMO DE CAPULETO.—¡Dios mío! Hace más de 30 años.

CAPULETO.—No tanto, primo. Si fue cuando la boda de Lucencio. Por Pentecostés hará 25 años.

EL PRIMO DE CAPULETO.—Más tiempo hace, porque su hijo ha cumplido los treinta.

CAPULETO.—¿Cómo, si, hace dos años, aún no había llegado a la mayor edad?

ROMEO.—*(A su criado.)* ¿Dime, qué dama es la que enriquece la mano de ese galán con tal tesoro?

CRIADO.—No la conozco.

ROMEO.—El brillo de su rostro afrenta al del sol. No merece la tierra tan soberano prodigio. Parece entre las otras como paloma entre grajos. Cuando el baile acabe, me acercaré a ella, y estrecharé su mano con la mía. No fue verdadero mi antiguo amor, que nunca belleza como ésta vieron mis ojos.

TEOBALDO.—Por la voz parece Montesco. *(Al criado.)* Tráeme la espada. ¿Cómo se atreverá ese malvado a venir con máscara a perturbar nuestra fiesta? Juro por los huesos de mi linaje que sin cargo de conciencia le voy a quitar la vida.

CAPULETO.—¿Por qué tanta ira, sobrino mío?

TEOBALDO.—Sin duda es un Montesco, enemigo jurado de mi casa, que ha venido aquí para burlarse de nuestra fiesta.

CAPULETO.—¿Es Romeo?

TEOBALDO.—El infame Romeo.

CAPULETO.—No más, sobrino. Es un perfecto caballero, y todo Verona se hace lenguas de su virtud, y aunque me dieras cuantas riquezas hay en la ciudad, nunca le ofendería en mi propia casa. Así lo pienso. Si en algo me estimas, ponle alegre semblante, que esa indignación y esa mirada torva no cuadran bien en una fiesta.

TEOBALDO.—Cuadra, cuando se introduce en nuestra casa tan ruin huésped. ¡No lo consentiré!

CAPULETO.—Sí lo consentirás. Te lo mando. Yo sólo tengo autoridad aquí. ¡Pues no faltaba más! ¡Favor divino! ¡Maltratar a mis huéspedes dentro de mi propia casa! ¡Armar quimera con ellos, sólo por echárselas de valiente!

TEOBALDO.—Tío, esto es una afrenta para nuestro linaje.

CAPULETO.—Lejos, lejos de aquí. Eres un rapaz incorregible. Cara te va a costar la desobediencia. ¡Ea, basta ya! Manos quedas... Traed luces... Yo te haré estar quedo. ¡Pues esto sólo faltaba! ¡A bailar, niñas!

TEOBALDO.—Mis carnes se estremecen en la dura batalla de mi repentino furor y mi ira comprimida Me voy, porque esta injuria que hoy paso, ha de traer amargas hieles.

ROMEO.—*(Cogiendo la mano de Julieta.)* Si con mi mano he profanado tan divino altar, perdonadme. Mi boca borrará la mancha, cual peregrino ruboroso, con un beso.

JULIETA.—El peregrino ha errado la senda aunque parece devoto. El palmero sólo ha de besar manos de santo.

ROMEO.—¿Y no tiene labios el santo lo mismo que el romero?

JULIETA.—Los labios del peregrino son para rezar.

ROMEO.—¡Oh, qué santa! Truequen pues de oficio mis manos y mis labios. Rece el labio y concededme lo que pido.

JULIETA.—El santo oye con serenidad las súplicas.

ROMEO.—Pues cídme serena mientras mis labios rezan, y los vuestros me purifican. *(La besa.)*

JULIETA.—En mis labios queda la marca de vuestro pecado.

ROMEO.—¿Del pecado de mis labios? Ellos se arrepentirán con otro beso. *(Torna a besarla.)*

JULIETA.—Besáis muy santamente.

AMA.—Tu madre te llama.

ROMEO.—¿Quién es su madre?

AMA.—La señora de esta casa, dama tan sabia cómo virtuosa. Yo crié a su hija, con quien ahora poco estabais hablando. Mucho dinero necesita quien haya de casarse con ella.

ROMEO.—¿Con que es Capuleto? ¡Hado enemigo!

BENVOLIO.—Vámonos, que se acaba la fiesta.

ROMEO.—Harta verdad es, y bien lo siento.

CAPULETO.—No os vayáis tan pronto, amigos. Aún os espera una parca cena. ¿Os vais? Tengo que daros a todos las gracias. Buenas noches, hidalgos. ¡Luces, luces, aquí! Vámonos a acostar. Ya es muy tarde, primo mío. Vámonos a dormir. *(Quedan solas Julieta y el Ama.)*

JULIETA.—Ama, ¿sabes quién es este mancebo?

AMA.—El mayorazgo de Fiter.

JULIETA.—¿Y aquel otro que sale?

AMA.—El joven Petrucio, si no me equivoco.

JULIETA.—¿Y el que va detrás... aquel que no quiere bailar?

AMA.—Lo ignoro.

JULIETA.—Pues trata de saberlo. Y si es casado, el sepulcro será mi lecho de bodas.

AMA.—Es Montesco, se llama Romeo, único heredero de esa infame estirpe.

JULIETA.—¡Amor nacido del odio, harto pronto te he visto, sin conocerte! ¡Harto tarde te he conocido! Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al único hombre a quien debo aborrecer.

AMA.—¿Qué estás diciendo?

JULIETA.—Versos, que me dijo uno bailando.

AMA.—Te están llamando. Ya va. No te detengas, que ya se han ido todos los huéspedes.

EL CORO.—Ved cómo muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y cómo la sustituye una pasión nueva. Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. Él, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el cebo sabroso del amor. Ni él ni ella pueden declarar su anhelo. Pero la pasión buscará medios y ocasión de manifestarse.

CAPILLA ALFONSINA
UANL
LIBRO ALQUILADO

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Plaza pública, cerca del jardín de Capuleto

(ROMEO, BENVOLIO y MERCUTIO)

ROMEO.—¿Cómo me he de ir de aquí, si mi corazón queda en esas tapias, y mi cuerpo inerte viene a buscar su centro?

BENVOLIO.—¡Romeo, primo mío!

MERCUTIO.—Sin duda habrá recobrado el juicio e ídose a acostar.

BENVOLIO.—Para acá viene: le he distinguido a lo lejos saltando la tapia de una huerta. Dadle voces, Mercutio.

MERCUTIO.—Le voy a exorcizar como si fuera el diablo. ¡Romeo, amante insensato, esclavo de la pasión! Ven en forma de suspiro amoroso: respóndeme con un verso solo en que aconsonen bienes con desdenes, y donde eches un requiebro a la madre del Amor y al niño ciego, que hirió con sus dardos al rey Cofetua, y le hizo enamorarse de una pobre zagala. ¿Ves? no me contesta ni da señales de vida. Conjúrote por los radiantes ojos, y por la despejada frente, y por los róseos labios, y por el breve pie y los llenos muslos de Rosalía, que te aparezcas en tu verdadera forma.

BENVOLIO.—Se va a enfadar, si te oye.

MERCUTIO.—Verás como no: se enfadaría, si me empeñase en encerrar a un demonio en el círculo de su dama, para que ella le conjurase; pero ahora veréis cómo no se enfada con tan santa y justa invocación, como es la del nombre de su amada.

BENVOLIO.—Sígueme: se habrá escondido en esas ramas para pasar la noche. El amor, como es ciego, busca tinieblas.

MERCUTIO.—Si fuera ciego, erraría casi siempre sus tiros.* Buenas noches, Romeo. Voyme a acostar, porque la yerba está demasiada fría para dormir. ¿Vámonos ya?

BENVOLIO.—Vamos, ¿a qué empeñarnos en buscar al que no quiere ser encontrado?

* Suprime un juego de palabras semiobsceno, y no de fácil traducción en castellano.

ESCENA II

Jardín de Capuleto

ROMEO.—¡Qué bien se burla del dolor ajeno quien nunca sintió dolores...! *(Pónese Julieta a la ventana.)* ¿Pero qué luz es la que asoma por allí? ¿El sol que sale ya por los balcones de oriente? Sal, hermoso sol, y mata de envidia con tus rayos a la luna, que está pálida y ojeriza porque vence tu hermosura cualquier ninfa de tu